IGNACIO
CAMACHO

LA TRAICIÓN DEL SUBCONSCIENTE

A Rubalcaba le traicionó el marco mental; veía a Rajoy y su cerebro interiorizaba al futuro presidente del Gobierno

EL profesor Lakoff, gurú involuntario del zapaterismo, hubiese suspendido a Rubalcaba por no saber aplicar la lección central de su teoría sobre los marcos mentales. La de no pensar en el elefante. El candidato socialista miraba a Rajoy y su cerebro interiorizaba al futuro presidente del Gobierno: un paquidermo monumental, con su trompa y sus orejas, plantado en medio del debate. De manera inmediata, el cara a cara se transformó en una sesión anticipada de investidura y la agresiva estrategia dialéctica rubalcabiana, en el discurso del próximo jefe de la oposición. Tal como están las cosas en su partido, donde le esperan afilando navajas, el exvicepresidente se dio por satisfecho con haber dado un paso adelante en sus aspiraciones a líder de la minoría.

Esa traición del subconsciente anuló la ventaja objetiva que Rubalcaba podía obtener, y de hecho obtuvo, ante un Rajoy parapetado en la trinchera de su previsible ambigüedad, más inseguro y mucho peor dotado para la empatía televisiva. Fue una ofensiva intensa pero estéril porque cada embestida —a menudo demagógica y en ocasiones marrullera— confirmaba al líder del PP como ganador *in pectore* de las elecciones, aunque ni siquiera recordase con precisión su propio programa. No le hacía falta; su oponente se lo sabía mejor que él, tan al detalle que si quisiera podría nombrarlo ministro. Todo el debate transcurrió bajo la cúpula intangible de ese marco mental asumido por la sociedad española, que ha decidido quitar al PSOE del Gobierno y dar paso a una alternativa. Lo que sucediese en el plató era secundario; de hecho, las encuestas sentenciaron después que nada había sustancialmente cambiado. Los ciudadanos no opinaron tanto en función de lo que habían visto, sino de su previa intención de voto. Y subido en esa ola, Rajoy ganó con alivio un duelo en el que casi nunca estuvo mejor que su adversario. *Vox populi, vox dei*.

Rubalcaba se puede conformar pensando que tal vez fuese el único que pudo arañar votos nuevos, convencer a algún votante aún indeciso, sembrar dudas sobre las intenciones tenebrosas del PP; su esfuerzo estaba dirigido a mitigar la derrota, a lograr un resultado que pueda defenderlo de la tentación de los suyos de provocar una catarsis en el liderazgo del partido. En ese sentido quizá pueda darse por contento, pero se recortó las posibilidades al ponerse como objetivo el de minimizar a Rajoy, no el de postularse a sí mismo. Apenas esbozó propuestas de gobierno ni se molestó en mostrar un proyecto propio. En ningún momento dio la sensación de ir a por la victoria real, la de las elecciones, y en esa autolimitación encontró el revés que no esperaba, un veredicto popular adverso. Confiado en su superioridad dialéctica no reparó en que estaba mostrando una inequívoca actitud de *looser*, de perdedor. Combativo, sí, pero tan inevitable que se conforma con quedar segundo... en una carrera de dos.